

A qué suena **BOGOTÁ**

Bogotá suena al camión de desperdicios, con su rugido desapacible de 2 a.m. A los 'escobitas' que remueven la mugre de sus andenes cuando es demasiado temprano. Al pregón desesperado de la carrera 15 y sus "programas, juegos, películas".

Suena a palomas, colibrís y copetones aleateando. A la llovizna y el sol de todos los días, clavados en un pavimento siempre maltrecho.

Al polvo que se levanta bajo las gotas que empiezan a desgranarse para producir un almizcle arenoso que se cuele entre las fosas.

Al vuelo suicida de una polilla frente a un sirio prendido en la Catedral. Suena a las ruedas de bicicletas en las que los serenos del Cementerio Central prestan sus rondas diurnas y noctámbulas. Suena a desconsideradas bocinas de automóviles, buses, busetas y colectivos. A expendio de controles remotos, antenas, ungüentos y golosinas lácteas de Ubaté.

A cinceles y macetas blandiéndose —como una maldición eterna— sobre los muros de casonas, vencidos por el olvido. Al anuncio de un vuelo que partirá desde El Dorado, acompañado por la turbina ensordecedora de una aeronave. A la sintonía de las bandas AM o FM a medianoche.

Suena al eco de bambucos, pasillos y foxes ahogado por la dictadura del invasivo vallenateo y por la negligencia de los ciudadanos, ajenos a la desgracia que constituye el no tener música propia. A insultos entre conductores, y de éstos a transeúntes distraídos. Al expendedor de mandarinas, chontaduros, mangos y naranjas.

Suena a retroexcavadora implacable, perforando unas vías insuficientes. A venta de baratas. A 1.000, 2.000 o 3.000, pero siempre pagadas con ‘pesitos’, en diminutivo. Al jis que atiza los tacos de billar. Suena a obsoletas vías férreas y al espíritu de nemesias y lorencitas que ya no están.

Suena a entierros indígenas, a burbujas de chicha en fermentación y a botellas de cerveza que se estrellan para brindar. A los cánticos que desde iglesias, congregaciones y salones de alabanza ruegan piedad.

A una rockola solitaria y abandonada, que aun así se niega a tramitar su retiro, porque hay dos o tres borrachos que la necesitan. Suena a una dama rolliza y de piel apergaminada, provista de un costal y una voz sin sordina en su incansable búsqueda de “botella, papel”.

Suena a rebajas y a “todo a 1.000”. A las turbas furiosas que sin justificación conocida alientan a sus candidatos cuando hay elecciones. A individuos ingenuos, convencidos de que las bondades de la vigilancia informal de automotores, solemnizada por aquel eterno “bien cuidadito, monita”, funcionan bien y generan empleo.

A los tacones de la secretaria que va con prisa hasta su cubículo porque se hizo tarde. A la banda del batallón presidencial cuando hay cambio de guardia o a la del Gimnasio Moderno, una tarde a las 5. A la campana del paletero. Suena al serrucho incansable, que no descansa en despachos públicos.

A la motocicleta apurada del mensajero de turno. Al inoriginal e impertinente *ringtone* que interrumpe el largometraje. Al televisor de mediodía en restaurantes y tiendas de barriada, y a las consignas disuasivas colgadas en sus vitrinas. “Hoy no fío ni presto envase”. “El que fía no está. El que está no fía”. “Solicite su crédito, que nosotros con gusto se lo negamos”.

Suena a los vientos helados que braman desde el páramo de Cruz Verde y se cuelan entre Monserrate y Guadalupe. A los bolos que caen para que el ‘chinomatic’ a cargo los recoja. Suena a monedas chocándose dentro de alguna lata, levantada con desesepero por mendigos, gamines e indigentes.

Suena a fiesta de vecinas escandalosas un viernes a las 3 de la madrugada y su canto gemebundo tipo karaoke de “la maldita primavera”. A la promesa periódica de un tren metropolitano y a

la también periódica frustración de que “los estudios son insuficientes”.

Suena a felinos, caninos y equinos quejándose de frío y hambre. Al perro triste, andariego y noble olisqueando la basura. A las mascotas enjauladas en la vitrina de una tienda, a la espera de ser rescatadas. A la fritanga que se cuece en una olla pestilente. Al gato goloso, desconfiado y juguetón lamiendo el esqueleto de lo que antes fuera un pez, tirado sobre el pavimento.

A las máximas aleccionadoras de Tax Express al marcar el 411 1111. “Oportunidad es una mujer vestida de luna”. A los abuelos que aún discuten quién asesinó a Gaitán, acantonados en el Café Pasaje o el San Moritz. Suena al tono de autómata de la mujer del 117, la única que siempre estará dispuesta a darnos la hora sin importar que tal hora sea imprudente o que no seamos dignos de hablarle.

Suena a antipática operadora de radiotaxi confirmando el ‘apartado’ con alguno de los móviles disponibles. Suena a guijarros de vehículos de balineras. A vendedores de verduras en plaza de mercado.

A las tablas de un teatro o una biblioteca, perforadas por los incisivos de un gorgojo, aunque ese gorgojo no tenga incisivos. Suena a guitarras, saxofones, violines, tiples y demás instrumentos de músicos deambulantes. Suena a tríos, mariachis, DJ's y a orquestas bailables y formales (pese a que lo formal también se pueda bailar). A detonaciones indeseables.

A voces rojas y azules tratando de inflar las redes de El Campín a fuerza de cantos, lágrimas y saltos. ¡Nuestra voz la repiten los siglos! ¡Bogotá, Bogotá, Bogotá! A agonía de urapanes. Al televisor del fanático irredento, que por cable sigue el fútbol foráneo, porque el local no es digno de atención.

Suena al chismorrear de los *clubmen*, convencidos de que entre Londres y Bogotá hay innegables similitudes. A las palabras quedas de quien sopla una respuesta a su discípulo en alguna escuela o algún colegio. A las aguas del río Funza mientras lavan las rocas que sirven de adoquín natural a la cascada. Suena a viajeros mendicantes de buseta.

A mendigos de ómnibus. ¿Nos lleva a los dos por 1.000? Suena a zorras y zorreros. Suena a embotellamiento eterno de final de tarde. A la

risa de niños que desde el *kindergarden* se aferran a la convicción de que el mundo es de plastilina. Suena a los clamores de quienes han hecho de sus calles un inmenso 'protestódromo'.

A los motores sobreesforzados de los que transgreden los límites de velocidad, cuando se puede, convencidos de que ello es todo un manifiesto de anarquía. Suena a las voces de trovadores y poetas, y a los versos de quienes alguna vez quisieron cantarle.

Suena a CH de Chapinero, Chicuzaque, Chipatecua, Chumbimba, Choros, Changua. A rodamientos oxidados y a pitos de locomotoras que yacen herrumbrosas en la Estación de la Sabana. A melodías desafinadas que brotan desde alguna guitarra barata frente al Chorro de Quevedo. Al escándalo de la avenida Primero de Mayo, de la calle 82, de las zonas T y G y de la calle 93 una noche de sábado.

A cursos audibles de inglés, reproducidos en inmediaciones de la calle 72. Al redoblante de una papayera en una chiva, con sus ocupantes congelados y ebrios. Al caballo sobrecargado que galopa por sus avenidas. A las canteras que tanto han hecho por minar los cerros, al norte y al sur.

A las frituras que se cuecen en puestos informales de churros, chorizos, arepas y algunos otros embutidos y farináceas. Al lamento resignado de las aves desalojadas de nuestro territorio por cuenta de la propiedad horizontal. Suenan a las balas sin dueño conocido y con destinatario escogido al azar por los inclementes designios de la suerte.

Al acento de reptil o de gárgola que anuncia las paradas de Transmilenio. Al payaso pregonero de descuentos en ropa interior y almuerzos ejecutivos. A los anfibios que aún pueblan los extramuros.

Suenan a los acordes que emanan de nuestros parques en eventos públicos. Al radioreceptor que acompaña las tardes de algún holgazán solitario. A cantante de tangos de mercado de pulgas y vestido negro abrigado por los años. Al viejecito que tose en el apartamento de al lado, de quien no sabes el nombre.

Suenan a las consignas eróticas del reggaetón. ¡Perrea, mami! ¡Perrea! Suenan al despertador de las 7 a.m. y al agua hirviente, tibia o helada que emana desde las regaderas para lavar las culpas de nuestras gentes.

A dos autos que se estrellan. Al espontáneo guía que indica a su cliente cómo maniobrar el auto: ¡Dele! ¡Dele! ¡Ahí! ¡Quiébrela toda! A la greca y la tetera cuando anuncian que la infusión o el café están listos. Al mutismo elocuente de un paisaje de sabana. A la sirena que declara el desfile de algún agonizante hacia el centro médico o a la del imprudente escolta, dueño de las calles.

A las alarmas activadas del prójimo ausente e imprudente, desde el aparcadero del edificio en donde vivimos. Al postre de natas que se hierve en la paila de barro. A las brevas que ruedan dentro del agua azucarada, ya muy espesa. Suena a los espantos y brujas que en las noches sobrevuelan La Candelaria y Teusaquillo.

A la 'erre' arrastrada de los cada vez más extintos cachacos. A la sórdida y multilingüe avenida Caracas, con su comercio indecoroso. A la película gastada y vulgar que se desenrolla y se vuelve a enrollar en la cabina de proyección de un decrepito rotativo.

¡Bogotá suena a tantas cosas! Pero parece haber pocos oídos para disfrutar de su atonal polifonía. Porque hay más tiempo para cualquier

otro asunto que para detenerse a oír. Porque un día la imagen —vanidosa y segura de valer más que cualquier cosa— decidió sonsacarse toda la atención para sí, y entonces los demás sentidos se hicieron accesorios.

Porque a casi nadie le importa cómo suena la escoba de un barrendero, los dientes de un gorgojo, las hojas de un nogal o el viento que baja desde Cruz Verde para refrescarnos la frente. Porque el mundo no está para ir por ahí, regalando los oídos a cuanto se nos tropiece.

El maestro Víctor Mallarino, con sus 'Pregones de Bogotá', forjó una pieza maravillosa en la que el mencionado declamador bohemio intentaba tomar una muestra de aquella ciudad a la que él ya pronosticaba desaparecida, para que un día pudiéramos imaginárnosla, ayudados de palabras antes que de imágenes. Y en un caso aún más ideal, de sonidos antes que de palabras.

Bien sabía él que esa urbe a la que estaba sustrándole los santos óleos estaba por irse. Y bien sabemos nosotros que en breve la ciudad que hoy retratamos en Bogotá Fonográfica habrá de tener otra musicalidad a la vuelta de algunos años.

Para eso sirve este proyecto. Para que, vista por los ojos de distintos artistas, esa capital que ahora en 2013 suena (por fortuna) bastante mejor que las anteriores palabras, siga haciendo simpatía con el universo, una vez este instante se nos haya escapado.

Andrés Ospina

Bogotá, marzo 12 de 2013

